

GANADORA AUTONÓMICA



SIN TÍTULO

Lucía Arias Otero

IES Andrés Laguna (Castilla y León)

Y allí, entre el polvo de un rincón olvidado, cubierto por algunas motas de polvo, gritando palabras que guardaba dentro, estaba un pequeño diccionario, a medio camino entre una cutre edición que el periódico regalaba y un ejemplar de biblioteca, algo desgastado, con una tapa amarilla y unas letras azules que decían claramente “Diccionario de la lengua española”.

Era un tomo normal, de los que siempre hay que tener en casa, aunque sea solo para adornar y complementar una estantería llena de libros releídos, volúmenes de cursos pasados y revistas de coloridas portadas.

Cuando más olvidado parecía estar aquel pequeño diccionario, desde la sombra una silueta menuda y agachada lo recogía cuidadosamente del suelo con unas manos pálidas y seguras y, sin más, aquel odiado compañero de estudiantes desapareció, como todos los demás, sin quererlo, sin avisar.

La bomba estalló un par de semanas más tarde, cuando nadie encontró su olvidado diccionario, cuando en los buscadores aparecía, en letras mayúsculas y rojas, del rojo de la fresa más dulce que nadie haya podido probar, una sola palabra que conquistaba las pantallas de móviles, ordenadores, tabletas y demás cacharros: Error. Páginas colapsadas, traductores bloqueados, y, con ello, redacciones inacabadas, frases incompletas, y millones de preguntas sobre palabras raras, que extrañamente eran respuestas.

Probablemente, y sin esperararlo, esta historia os suene a cuento. Un malo, un héroe con una preciosa princesita, que se casará con el héroe y juntos derrotarán al malo. Puede. Pero no.

Esta es mi historia. La mía, la de Clara, la de Vera, la de Álex y la de Joel. Nuestra pequeña historia, que escribiremos como anécdota detrás de un diccionario, en la última de sus páginas. Eso, claro, cuando el mundo tenga de nuevo alguno de estos libritos. Y quién sabe. A lo mejor nunca los vuelve a tener.

En una clara tarde de septiembre, la última tarde con esos libros que daban definiciones, significados y traducciones, nos sentamos en la hierba, algo fresca, y, en aquella agradable

arboleda, Vera se marchó. Se mudaba a Barcelona. Las reacciones fueron inesperadas. Clara gimió hasta que rompió en un océano de lágrimas que resbalaban por sus sonrojadas mejillas.

Álex la abrazó, susurrándole al oído que todo saldría bien, aunque no lo creyera ni él. Joel agachó la cabeza y, en esta posición, maldijo el día en que se inventaron las mudanzas.

Yo no dije nada. Me quedé sentada, mirándome los vaqueros, algo verdes por la hierba, bastante desgastados por el uso, y que ahora parecían irradiar tristeza. Mi tristeza. La que sentía por Vera, por las lágrimas transparentes que inundaban los ojos de Clara, por la estupidez que había dicho Álex, por la nuca blanca de Joel mirando hacia arriba mientras maldecía para abajo.

Al día siguiente los cuatro la fuimos a despedir al aeropuerto. Vera llevaba cinco maletas casi llenas y una bolsa de viaje. De la bolsa se le cayó un libro, que fue recogido rápidamente por la mano segura de Vera. Nadie le dio importancia.

Dos semanas más tarde no quedaría ni uno de esos diccionarios por el mundo. A ninguno de los cuatro nos importó mucho, y así pasaron los meses.

En Navidades decidimos visitar a Vera, darle una sorpresa. Fue al revés. Joel contactó con su padre, fijaron un día y una hora concreta. El cuatro de enero, a las cuatro.

Javier (padre de Vera y amigo de los padres de Joel, pues estudiaron juntos) accedió a dejarles abierta la casa y sacar a su hija fuera desde las cuatro hasta las cinco, para que los chicos pudieran prepararlo todo.

Llegaron con tiempo al pequeño piso, situado en las Ramblas. Según les había contado Joel, Vera y su padre llevaban fuera todo el día, y volverían a la hora acordada, después de dar un paseo por las avenidas de Barcelona.

En el edificio había tres pisos. Ellos dos vivían en el segundo. El piso no era nada amplio. Una cocina, dos habitaciones, un salón y un baño. Todo era de la escala de una Barbie. Según les había contado su amiga, su habitación era la más grande. Mentira.

Puede que fuera la más grande pero estaba llena de aquellos libros que llevaban meses buscando. Los famosos diccionarios. ¿Quién iba a pensar que una adolescente de diecisiete años podría hacer eso? Nadie.

Rondando las cinco entraron Vera y Javier. Cuando el padre los dejó solos, Clara preguntó a Vera por los diccionarios.

La chica palideció. Corrió a la habitación y no salió de allí. Un olor a quemado llegó hasta el salón. La duda se desvaneció, ocupando su hueco el miedo.

Cuando quisieron darse cuenta, una adolescente sonriente, que tiempo atrás fue su amiga, tenía un mando en la mano. Apretó despacio el botón, saboreando el momento con placer. Luego todo estalló.

Todos los diccionarios se perdieron. Hubo explosiones por todo el mundo, desde grandes ciudades hasta pequeños poblachos, todos con libros escondidos por protectores sigilosos de palabras.

Vera murió apretando ese botón. Álex corrió la misma suerte al intentar detenerla. Clara cayó en coma. Sigue igual, atada a millones de máquinas, dormida, parada mientras todo se muere a su alrededor.

Joel y yo nos distanciamos bastante. Él se fue a estudiar fuera y perdimos el contacto. Ninguno supimos nunca nada del otro.

Los diccionarios se reescribieron, incluyendo nuevas palabras y desechando las que se perdieron. Todo volvió a su curso. La puesta de sol volvió a ser de esos maravillosos colores que todos los pintores quieren retratar. Los periódicos volvieron a escribir aburridas noticias sobre economía. Con el tiempo todo volvió a la normalidad.

Pero, ¿quién le da tiempo al tiempo? ¿Quién le da palabras a un mudo? ¿Quién hace ver a un ciego?

Como eso nadie lo sabe, aquí estoy, dándome tiempo, contándote una historia con mis palabras, palabras que no vienen de ningún diccionario, palabras que sólo un mudo sabe pronunciar, con sentimientos que sólo un ciego puede ver.